

Esto mismo ha ocurrido centenares de veces en la historia; y esto ha ocurrido también con el absolutismo y el radicalismo. El absolutismo ha sido castigado por Dios con el radicalismo, y el radicalismo es el ejecutor de su propia sentencia.

CONFERENCIA III

EL LIBERALISMO

1. **Naturaleza del liberalismo.**—Cuando dos se pelean, se alegra un tercero. Cuando dos ejércitos se preparan para el combate, ansiosa la tierra, se calla, y el cielo retiene su aliento, por compasión á las desgracias que las pasiones de los hombres van á causar. Un solo ser—dice el antiguo poema anglo-sajón—«eleva entonces su voz ronca: el negro cuervo, que corretea, acecha, escucha y espera su comida de cadáveres».

Hemos presenciado el combate gigantesco del absolutismo y de la Revolución. Ninguno de los dos adversarios se ha aprovechado de él. Golpes mortales se han asestado mutuamente, pero el provecho ha sido para otro. El liberalismo es el que se ha apoderado de todo el botín. Esta ave de mal agüero reposaba, durante el combate, en su nido bien caliente; pero cuando llegó la hora de inspeccionar el campo de batalla, de desbalijar á los muertos y de ocultar sus despojos, apareció por primera vez ante los pueblos asombrados. Ocurrió esto en el Congreso de Viena. En aquella época, no era más que un animal despreciable, el cual, por la actividad que desplegaba, era de cierta utilidad en los trabajos de limpieza. Su hambrienta catadura y su pequeñez dábanle el aspecto de un ser inofensivo é insignificante, incapaz de empresa alguna de importancia. Pero á medida que se rehacía con la carne de los cadáveres, crecía y engordaba, hasta el punto de que muy pronto se convirtió en esa ave gigantesca, cuyas sombrías alas cubren ahora el mundo entero. Pero lo que crecía aún más que él, era su hambre devoradora. En efecto, cada día pedía una nueva presa. Si se le daba, era el ani-

mal más dócil que pueda imaginarse; pero, si se le hacía esperar tan sólo una hora, mostrábase tan intratable, que, para no ser devorados por él, sus guardianes, ministros y príncipes, se lo sacrificaban con gusto todo: derecho, moral, religión, honor. Cuando no tuvieron más que ofrecerle, la bestia hambrienta se los engulló á todos, con sus tronos y armiños, como el Leviatán furioso se engulle el torrente y todo lo que contiene. Muy pronto hubieron de convenirse de que no había medio de convertirlo en otro, porque tal era su naturaleza.

De hecho, el liberalismo es en la historia algo tan siniestro como el cuervo en el campo de batalla, porque ha recogido la sucesión que produjeron las formidables luchas y los terribles sacudimientos, á que provisionalmente puso fin el año de 1815. Pero todavía es algo más que esto. Es aquel sepulturero que cava la tierra allí donde encuentra una carroña. De aquí las constantes erupciones y derrumbamientos que caracterizan todo el tiempo de su dominación. Finalmente, es el foco donde se forma ese ejército invisible, morbosó, que siembra en todas partes la peste y el contagio. Ninguna tendencia de espíritu ha ido tan lejos, ninguna ha corroído tan radicalmente, ninguna ha impreso tan profundamente su sello, como el liberalismo. Hay que conocer su verdadera naturaleza; de lo contrario, el tiempo poco edificante, el tiempo de la gazoñería y del espiritual bastardismo, que media entre el congreso de Viena y el año de 1870, sería incomprensible.

2. Origen del liberalismo.—Del mismo modo que un incendio cesa en sus estragos, cuando nada tiene ya que devorar, así también, la Revolución había cesado de esclavizar en apariencia. Napoleón, el único de sus verdaderos hijos que podía sobrevivir á ella, porque era el único que podía sobrepujarla en falta de consideración; Napoleón, el heredero universal de la Revolución, comprendió que había obrado demasiado radicalmente, para que su obra pudiese durar. Por esto creía ir más seguro, unciendo su espíritu al espíritu del antiguo régimen, á la vieja tiranía

absolutista, á fin de gobernar con la fuerza de los dos, aprovechándose de las ventajas de una y otra.

Teóricamente, ya había intentado Montesquieu sacar conclusiones parecidas. Pero Napoleón fué el primero que trabajó con decisión para llevar á la práctica este pensamiento fundamental del liberalismo; sólo que procedió en esto con demasiada crudeza, y se fijó demasiado en los detalles externos para que pudieran triunfar sus designios. Precisamente es esto la mejor prueba de que la fuerza más grande, de que el genio más eminente, no transforma al mundo, si las instituciones externas no reciben vida interior por la transformación de las ideas. Pero para esto se necesitaban otros genios mejor formados, más astutos y más pacientes que él.

Aleccionados éstos por la suerte de su maestro incomparable, el espiritual y poco escrupuloso Proteo Talleyrand, obraron con más prudencia. El objeto que perseguían era el mismo que el de Napoleón. Pero comprendieron que no era posible alcanzarlo por la simple fuerza, porque el absolutismo era muy débil y la Revolución muy fuerte. Escogieron, pues, el camino de los acomodamientos, de las intrigas, de la prudente falta de probidad, para procurar al Estado, no obstante su debilidad, la posibilidad de continuar su papel anterior, ya que estaban bien determinados á no variar lo más mínimo este papel. En efecto, ¿de qué le serviría ser el dios vivo en la tierra, y haberse dado él mismo derecho, mundo, é historia, si había de estar siempre obligado á recibir enseñanza de la historia?

En cuanto á volver á la verdadera empresa del Estado, ni siquiera pensó en ello. Lejos de confesar que, por excesos de poder, había sido el propio artífice de su suerte, estaba, por lo contrario, convencido de que la causa de su caída consistía en haber desplegado demasiado poco poder y en no haber centralizado suficientemente los resortes que mueven á la humanidad. Á su entender, debía apropiarse, por modo absoluto, tres cosas en particular: la Igle-

sia, la vida intelectual y todas las ramas de la industria, del comercio y de la propiedad; en una palabra, toda la vida económica de la sociedad. ⁽¹⁾ Monopolizar estos tres medios de completar su poder, fué, pues, el fin que se propuso en adelante el Estado liberal, el fin que persiguió con la mayor tenacidad y astucia, con una falta de sinceridad sólo comparable con la de su precursor el Jansenismo.

Ciertamente, ningún sistema político había elevado hasta entonces á la diplomacia á la misma categoría que la mentira, y ninguno había obrado con tanta falta de pudor, según el principio de que el fin justifica los medios, como el liberalismo.

Verdad es que el tiempo exigía previsión y prudencia. La Revolución parecía dominada en apariencia; pero las ideas que había infundido en los espíritus, y sobre todo, la idea tan cautivadora de libertad, continuaban viviendo. Se comprende que esta última era tanto más cara á la humanidad, cuanto que la presión externa era más considerable. En adelante, la palabra *libertad* representó el mismo papel que la palabra naturaleza en el siglo precedente. Frente á ella, el Estado se encontró de nuevo en una situación desesperada. Sin embargo, había aprendido ya en varias ocasiones que no debía despreciar las ideas fijas de los hombres, que debía contar con ellas, ó reemplazarlas por otras mejores. Pero el Estado no estaba ciertamente muy dispuesto á aceptar la primera alternativa. Tampoco pensaba moderar sus pretensiones, de tal modo, que ni siquiera se le ocurrió reconciliarse por completo con los principios del Cristianismo, único medio con el cual es posible oponer un dique eficaz á las ideas revolucionarias. Así, pues, no le quedó otra solución que aceptar estas ideas como medio de salvar su poder comprometido.

(1) Muestra notable del espíritu de sabiduría de gabinete ofrece Wessenberg, otro de los padres del liberalismo, al desarrollar el pensamiento por medio del cual ha de ser dominado el mundo con cuatro poderes: el Estado, la religión, la educación y la literatura; de aquí que el Estado pueda esclavizar á los otros tres. Cf. *Der Geist des Zeitalters*, por un amigo de la verdad, 1801, 82 y sig.

Por esto adoptó la idea favorita y la consigna del tiempo: *la libertad*. Verdad es que la libertad le importaba tan poco como á los augures conocer la voluntad divina. Pero no tuvo dificultad alguna, en sus principios, para servirse de esta palabra, pues comprendía que los *grandes niños* del siglo XIX se dejaban encantar, tanto como los *niños pequeños* del siglo XIII, por el pito del cazador de ratas de Hameln. ⁽¹⁾

3. Idea del liberalismo.—El liberalismo es, pues, la tentativa para salvar al Estado absoluto y conducirlo á su total desenvolvimiento, introduciendo en su seno los principios de la Revolución. ⁽²⁾ De aquí resultan los singulares contrastes que en él se encarnan.

Pero, ante todo, lo que sorprende á todos los que leen la historia de la era liberal, es la violencia y la fiebre de persecución de que está poseído este ser hermafrodita. Pudiera creerse que, si alguien tenía que ser tolerante en este mundo, había de ser precisamente este sistema que no habla más que de tolerancia y de libertad. Sin embargo, no hay ente más malicioso, ni que se complazca tanto en hacer daño á las personas pacíficas, si nada tiene que temer de ellas. Herencia es esta de su *amable* padre el absolutismo. Por naturaleza es, pues, una violencia externa despótica, que se extiende, no sólo como en el antiguo Estado, á la vida pública y política, sino á todos sin excepción, así á la vida, al matrimonio, á la familia y á la educación, como al comercio, á la industria, á la vida interna, al pensamiento, á la fe y á la conciencia. Sólo que al liberalismo no le gusta ejercer esta tiranía abiertamente, sino que prefiere practicarla por medios secretos, que sabe aplicar con maestría, según los métodos de intrigas y de insi-

(1) Hameln estaba infestado de ratas. Presentóse un día en el pueblo un hechicero, y celebró un trato con el Ayuntamiento para extirparlas, lo que logró gracias á su pito maravilloso, que atraía á todos aquellos peligrosos roedores. Pero como quiera que el Ayuntamiento no le pagase el precio convenido, vengóse el cazador atrayendo con su pito á los niños del pueblo, y robándolos. (Nota del Traductor).

(2) Cf. *Kirchenlexikon*, VII (2), 1899.

nuación que le son familiares, aprovechándose con éxito de las supuestas mayorías de la opinión pública y de la voz pública.

En segundo lugar, hay en la naturaleza del liberalismo otra cosa que ha heredado de su madre: la adhesión á las conquistas intelectuales de la Revolución. Los revolucionarios no lucharon ni derramaron su sangre en vano. No pudieron realizar su designio de implantar sus ideas en el mundo entero, pero he aquí el momento en que este designio va á realizarse. Durante su vida, sólo obtuvieron éxitos externos, porque, en aquella época, los espíritus estaban todavía más ó menos adheridos, por lo menos interiormente, al antiguo régimen, y tenían aún cierto barniz de Cristianismo. Pero, en el intervalo, creció una generación nueva, la cual no conocía ya nada del Dios de sus padres, de aquel Dios que los había salvado de Egipto. En el espíritu de estos hombres nuevos, dominaban tan completamente las ideas revolucionarias y radicales, que si Voltaire y Rousseau hubiesen salido del panteón, para recorrer las esferas más elevadas y orgullosas de París, hubiesen ciertamente encontrado superadas sus más audaces esperanzas. Un solo librero de París había vendido, en el espacio de ocho años, de 1817 á 1824, 24.500 ejemplares de las obras de Rousseau, y 316.000 de las de Voltaire. ⁽¹⁾ ¡Tan grande era el deseo de familiarizarse con el verdadero espíritu de la Revolución, y tan vasto el círculo de aquellos sobre los cuales dominaba! En aquella época, había logrado convertirse en una especie de dictadura intelectual. En todas partes se referían á él, ó, según la expresión aceptada, á la opinión pública, como á la decisión de un tribunal supremo, contra la cual nada había que objetar.

Sin embargo, fácil es comprender que la desproporción entre ambas situaciones, entre el absolutismo despótico y el liberalismo radical, era demasiado grande para no hacer, mediante una lógica artificial, concesiones á la opinión pública.

(1) Honegger, *Kulturgeschichte der neueren Zeit*, V, 394.

Así se convirtió el liberalismo en un camaleón que brilla con todos los colores, sin que nadie pueda decir cuál es el suyo propio. Esta horrible cualidad, muy propia del monstruo, constituye su tercera nota característica, en la cual se puede reconocer infaliblemente al liberalismo. No forma esencialmente parte de su naturaleza, sino que es una consecuencia necesaria de ella. Sin embargo, con tanta frecuencia ha sido invocada, que su generosidad con relación á la tradición, á las cosas santas y ordenadas, y, sobre todo, con relación á la verdad, á la conciencia y á la fe, pareció, á los ojos superficiales de la muchedumbre, algo así como el carácter propio de esta tendencia. Así se explica el nombre de liberalismo que se le dió. Nominación singular que recuerda el proverbio: «Fácil es cortar largas correas en la piel de otro, y ser generoso con el dinero ajeno». Vista la confusión que reina generalmente en las ideas, fácil es explicar también el origen de la palabra *liberalismo*. Como lo hemos visto anteriormente, ⁽¹⁾ lo mismo ocurrió en tiempo de Tucídides; y encontramos idénticamente lo mismo en las últimas perturbaciones de la república romana. «Hasta hemos olvidado los verdaderos nombres de las cosas,—exclamaba en el Senado Catón el Joven, en su discurso contra Catilina.—Llamamos liberalidad á las larguezas que uno hace con el bien de otro, y valor á la audacia del crimen. Esto es precisamente lo que ha conducido á la República al borde del abismo. Pues bien, ya que así lo quieren nuestras costumbres, háganse, pues, liberalidades con la fortuna de los aliados, y muéstrese clemencia con los ladrones del tesoro». ⁽²⁾ Esto ocurría antes, y esto ocurrió también en la época de que hablamos. El océano de la opinión pública mugía embravecido; las ideas revolucionarias lo arrasaban todo; necesitaban víctimas, y la sociedad no quería ni podía precipitarse en el abismo. De aquí que arrojase por encima de la borda todo aquello de que creía poder prescindir, entrando en primer

(1) Véase más arriba, II, 6.

(2) Sallust., *Catil.*, 52. Séneca, *Clem.*, I, 20. Erasmus, *Adagia*, 1643, 40, 447.

término en esta carga sacrificada los bienes intelectuales y los sobrenaturales.

Así se explica igualmente esa falta de principios, que es una de las notas más características de esta tendencia; y así también, el más hermoso período de floración del liberalismo es el tiempo de los compromisos, de las disputas por causas livianas, de los acomodamientos, de los arreglos amistosos. Y aun los mejores sufrían con frecuencia de esta enfermedad, sin saberlo. Al recorrer hoy los escritos de un Sailer, de un Haller, de un Bonald, de un Bautain, ó de los más eminentes teólogos del tiempo á que nos referimos, nos asombramos de ver el gran tributo que pagaron á su época. Pero los *espadas* propiamente dichos de las escuelas liberales, Constant, Lamennais, Hermes, Strauss, Renán, no pueden mostrarse más orgullosos de esa amalgama religiosa, en la cual puede uno hacer ostentación de erudición y de agudeza de espíritu, y en la cual no es necesaria la independencia del pensamiento. Sus teorías se parecen á un caldero de brujas, en el cual lo sagrado y lo profano, lo antiguo y lo nuevo, la historia y la novela, aparecen mezclados para formar un brevaje sugestionador. Con esto, no hicieron otra cosa que imitar el modelo que la Revolución les había proporcionado. En el convencimiento de que una religión es indispensable á la sociedad, se quiso, en los días de la Convención, fundar una nueva, más en armonía con la época; una religión en la cual fuesen abolidos el Antiguo y el Nuevo Testamento y sustituidos con una nueva Biblia formada con el Corán, el Talmud y los escritos de Lutero y de Calvino; y en la cual, en vez de honrar á los Santos, se invocase á los héroes antiguos y modernos. Este plan fué realizado más tarde por los teofilántropos, en proporciones mucho mayores. Hoy nos parecen extrañas estas ideas y les damos de lado con disgusto; pero entonces, en la aurora del liberalismo, eran indispensables al buen gusto, y se las calificaba de románticas.

4. El liberalismo en su actitud con relación á la

Iglesia.—Tal fué también el espíritu de esa época que se llama la Restauración, y que, no sin motivo, ha sido desacreditada, pues, sin duda alguna, merece muy bien la desconfianza con que se la mira. En efecto, continuar abusando de las palabras tan caras de libertad y de derecho, recomendándolas á los hombres, después de todas las enseñanzas de la historia, de todos los excesos del antiguo poder gubernamental, de toda la sucesión de las ideas revolucionarias, constituyó una falta de buen sentido que debía provocar justa indignación.

Pero lo que especialmente distingue la irreflexión y falta de carácter del liberalismo, es que también se indignó él contra la llamada Restauración, sin presentir de quién ella había aprendido su modo astuto de obrar. Él era su maestro y su apoyo, y ella su discípula. Bajo la capa del liberalismo, se ha vuelto á despertar el absolutismo, y se ha posesionado de todo lo que la revolución radical se había apropiado injustamente, sobre todo de lo que había robado á la Iglesia. Con su eterno llamamiento á la libertad, santo y seña del liberalismo, proponíase despojar al derecho y á la conciencia, á la religión y á la Iglesia, de toda libertad, ya que el absolutismo de la Restauración hizo causa común con la Revolución y con el liberalismo para apoderarse de su botín.

Cuanto más infame era esto, tanto menos pensó el liberalismo en una restitución, restitución en la que nadie pensó, pues nadie habló ya ni de las propiedades ni de los derechos de la Iglesia. Al contrario, cuando todo se le hubo arrebatado, se hizo circular la consigna siguiente: «Hace ya mucho tiempo que el mundo está sumergido en el desorden; tenemos necesidad de paz, de paz á cualquier precio. Nos cuidaremos de vosotros, pero á condición de que queráis la paz. Para proteger vuestra fe y vuestro culto, nos uniremos más á vosotros, más estrechamente aún que lo pasado, pero á condición de que no renovéis ninguno de los antiguos agravios capaces de turbar la paz. Por lo demás, ¿por qué no habéis de soportar de buen grado este